

admiración que causó su desinterés disipó las prevenciones que habia inspirado su orgullo.

Ademas, no le escasearon los honores.

El Senado se reunió y le concedió la pretura extraordinaria, con privilegio de asistir á los juegos vistiendo una túnica bordada de púrpura.

Pero Caton, que sin duda estaba ya arrepentido de lo que acababa de hacer, rehusó aquellos honores y pidió únicamente la libertad de Niciar, intendente del difunto rey Ptolomeo, elogiando su celo y fidelidad. Escusado es decir que el Senado se lo concedió.

Hé ahí lo que hacia Caton mientras César empezaba su campaña de las Galias y Ciceron lloraba su destierro en Tesalónica.

Véamos ahora qué hacian Craso y Pompeyo, ó, mas bien, lo que hacia Clodio.

IV

Craso permanecia lo mas tranquilamente posible, escudado como estaba por César y por Pompeyo; ademas no deseaba mas que una cosa, el proconsulado de Siria. Su sueño era hacer la guerra á los Partos, en cuyo país veía una fuente inagotable de depredaciones.

Pompeyo, enamorado fuera de la edad propia de esa pasion, pasaba todo el tiempo al lado de su jóven esposa sin cuidarse de lo que ocurría.

Clodio, pues, echando los ojos á su alrededor, se veía el único dueño de Róma; Ciceron estaba en Tesalónica y Caton en Chipre.

Sin embargo, hallándose allí Pompeyo, no sabia aún hasta dónde podia llegar su poder y resolvió asegurarse de ello.

Se recordará que Pompeyo, habiendo hecho un concierto con Tigranes el padre, había reservado el hijo para su triunfo. El jóven, pues, estaba en una prision.

Clodio lo sacó de ella á la fuerza y se lo llevó á su casa.

Pompeyo no dijo una palabra.

Clodio suscitó cuestiones en los tribunales á varios amigos de Pompeyo, y los hizo condenar á penas mas ó menos graves.

Pompeyo permaneció callado.

En fin, un dia que Pompeyo, franqueando el círculo mágico en que lo tenia encerrado el amor, abandonó su quinta del monte Albano y fué á ver uno de aquellos procesos, Clodio, rodeado de un monton de amigos, —ya se sabe de qué clase eran los suyos, —se subió sobre un guarda-canton, desde donde podia ser visto y oido de todos, y se puso á gritar.

—¿Quién es el *imperator* intemperante?

—Pompeyo, contestaron en coro sus amigos.

—¿Quién es el que, desde que se ha casado, se rasca la cabeza con un solo dedo á fin de no descomponerse el peinado?

—Pompeyo.

—¿Quién quiere ir á Alejandría á restablecer en el trono un rey de Egipto, mision que será bien pagada?

—Pompeyo.

Y á cada nueva pregunta que hacia Clodio, el coro de amigos repetía la misma respuesta.

Digamos dos palabras sobre la acusacion de: “¿Quién quiere ir á Alejandría, á restablecer en el trono un rey de Egipto, mision que será bien pagada?” Ya se sabe que tratamos de no dejar nada oscuro detras de nosotros.

Ptolomeo Auletes, hijo natural de Ptolomeo Soter II, y llamado *Auletes* á causa de su aficion á la flauta, había tenido varios disgustos con sus súbditos.

En aquella época, Roma era el tribunal del mundo; pueblos y reyes iban á pedirle justicia. Ptolomeo salió de Alejandría con intencion de apelar al pueblo romano.—Apelar á ese pueblo era hacerlo al hombre poderoso que, de momento, mandase en Roma.

Ptolomeo partió, pues, y abordó á Chipre durante la corta estancia que hizo allí Caton.

Supo que este estaba allí y le mandó á decir por medio de uno de sus oficiales, que deseaba verlo, —téngase presente que Caton había ido á Chipre á deponer al hermano de Ptolomeo Auletes.

El estóico se hallaba en su alcoba, exactamente en la misma postura que estaba Mr. de Vendome cuando le anunciaron á Alberoni.

—Entrad, dijo Caton.

Y se hizo esplicar por el oficial el deseo de su señor.

—Si el rey Ptolomeo desea verme, contestó, puede hacerlo fácilmente: mi casa está abierta á los reyes lo mismo que á los demas ciudadanos.

La respuesta era mas que brusca. Ptolomeo se hizo el desentendido y fué á ver á Caton.

La conversacion fué algo fria en un principio; pero habiendo ido notando Ptolomeo un gran buen sentido en todo lo que le contestaba Caton, le pidió su parecer sobre lo que debía hacer, esto es, si debía proseguir su marcha á Roma ó volver á Egipto.

—Volver á Egipto, contestó Caton sin titubear.

—¿Por qué?

—Porque desde el momento que hayais dejado cojer un pedazo de vuestro país en ese cilindro que se llama Roma, todo él pasará por completo.

—¿Qué debo hacer, pues?

—Ya os lo he dicho: volver á Egipto y reconciliaros con vuestros súbditos. Para daros una prueba del deseo que tengo de seros útil, os acompañaré si es preciso, y me encargaré de la reconciliacion.

El rey Ptolomeo habia aceptado al pronto aquel consejo; pero despues, cediendo á otras sugeriones, habia partido una mañana para Roma, sin decir na-

da á Caton, y se habia puesto bajo la proteccion de Pompeyo.

Dos años despues Gabinio, teniente y criatura del *imperator*, restablecia en sus Estados á Ptolomeo; pero solo este, y quizá tambien Pompeyo, supieron lo que habia costado aquella proteccion.

Pompeyo, despues de la burla de Clodio que acabamos de contar, comprendió que ya era tiempo de hacer algo. Era en verdad una cosa bien triste tener que tomar una resolucion á causa de un tuno como aquel, sobre todo siendo tan indeciso como era; sin embargo, era preciso acabar de una vez, y Pompeyo consultó á sus amigos.

Uno de ellos, Culleo, le aconsejaba que rompiese con César, repudiando á su hija; esa repudiacion lo reconciliaria con el senado.

El senado estaba indispuesto con Pompeyo desde que este, tan cobarde é ingratamente, habia dejado desterrar á Ciceron.

Era sin duda un medio eficaz de reconciliarse con el senado; pero Pompeyo ni siquiera pensó en él, ya hemos dicho que estaba perdidamente enamorado de su mujer.

Otros propusieron hacer volver á Ciceron.

Pompeyo dió oidos á aquella proposicion.

Hizo decir al Senado que estaba pronto á apoyar con las armas en la mano el regreso de Ciceron, pe-

ro que era preciso que aquel cuerpo tomase la iniciativa.

El Senado, contando con aquella promesa, espidió un decreto en que manifestaba que no daría su sancion á negocio alguno, ni iniciaría ningun otro, mientras no se llamase á Ciceron.

Era una declaracion de guerra en toda forma.

El mismo dia, como entrasen á desempeñar sus cargos dos nuevos cónsules, en reemplazo de Pison y Gabinio, que habian presidido al destierro de Ciceron, uno de ellos, Léntulo Sprinter, pidió positivamente la vuelta del proscrito.—El otro cónsul era Metelo Nepos, el mismo á quien Ciceron solia abrumar con sus epigramas.

Clodio amenazaba al Senado con sus rufianes; pero ya,—circunstancia afortunada para aquel cuerpo y que importa consignar,—habia dejado de ser tribuno.

“A corsario, corsario y medio,” dice el refran, y á Clodio opuso un Clodio y medio que se llamaba Milon, y el cual acababa de ser nombrado tribuno en su lugar. Annio Milon era un hombre de la misma especie que Clodio; se habia casado con una hija de Sila y tenia cierto crédito en Roma.

Clodio y Milon no podian vivir tranquilamente en la misma ciudad.

Milon habia tomado partido por Ciceron, no por-

que creyese que era el de la justicia, sino porque haciéndose su amigo se hacia enemigo de Clodio.

Cuando Pompeyo se franqueó con él, como hubie-ra hecho con un condotiero, no le contestó otra cosa sino que estaba á su disposicion y que únicamente era preciso prepararse.

Clodio llevaba siempre tras sí un centenar de gladiadores. Milon tomó á sueldo doseientos bestiaros. Las dos partidas se encontraron. Empezaron por insultarse y acabaron por llegar á las manos. El combate fué largo y encarnizado; los amigos de Clodio acudieron de todos lados; jamas se habia visto tantos tunos en el Forum.

Clodio salió vencedor.

Dejó la plaza cubierta de sangre y las cloacas llenas de muertos; despues, recorriendo la ciudad con los suyos, puso fuego al templo de las Ninfas.

Entre los cadáveres habia quedado un tribuno; se le creyó muerto, pero no estaba mas que gravemente herido.

Aquel tribuno era del partido de Ciceron; era una cosa grave. Clodio halló en seguida un remedio; hizo asesinar á un tribuno de su partido, y atribuyó aquella muerte á los partidarios del Senado.

Pompeyo creyó que ya era tiempo de tomar cartas en el asunto.

V

Una mañana salió Pompeyo de su casa con una fuerte escolta, y condujo á Quinto al Forum.

Energullecido con su primer triunfo, Clodio atacó á Pompeyo; pero entonces tuvo que habérselas con los veteranos de España y Asia, y fué derrotado.

Sin embargo, Quinto fué herido gravemente en medio de la pelea.

Aquella herida fué un golpe de suerte para Ciceron; al ver en tal estado á su hermano Quinto, el pueblo comprendió que ya era tiempo de prender á Clodio.

Roma no vivia entonces sino en medio de sacudidas y sobresaltos. Ni hay Senado en el Capitolio, ni tribunales en las basílicas, ni asambleas en el Forum.

El Senado toma un gran partido. La vuelta de C i

ceron es una cuestion capital, y convoca toda la Italia al campo de Marte. La Italia entera votará y decidirá entre Clodio y Ciceron.

Todos los que tienen derecho de ciudad acuden á Roma, y un millon ochocientos mil votos disponen el regreso del proscrito. El dia que se supo esa decision, fué un gran dia de fiesta para toda Italia.

Ciceron tuvo noticias del decreto del Senado que convocaba al pueblo al Campo de Marte, y escribió á Atico:

—“Acabo de recibir carta de Quinto con el senado-consulta que trata de mí. Esperaré que una ley lo confirme, y si me es contraria, me valdré de la autoridad del Senado. Menos sentiré perder la vida que la patria.”

Pero sucedió que el tribuno Serrano se opuso al decreto de llamamiento.

Ciceron lo supo y toda su energía desapareció.

Algunos dias despues de la carta á Atico, que acabamos de trascribir, le dirigió esta otra:

“Por lo que me dices y por la cosa misma, veo que todo está perdido. Te suplico que no abandones á los míos en su desgracia.”

Al fin se decidió á salir de Dirrachium la víspera de las nonas de Agosto, precisamente el mismo dia que se publicó el decreto en que se le llamaba.

Llegó á Brindis el día de las nonas y allí encontró á su hija Tulia, que habia ido á su encuentro.

Era casualmente el aniversario de su nacimiento y el día de la fiesta de la colonia; así, pues, todo el mundo lo celebró.

En Brindis supo que la ley se habia promulgado por una mayoría inmensa, casi por unanimidad.

Salió de allí con una escolta que á la vez le ofrecieron los magistrados y se ofreció ella misma. A cada paso se veia detenido en el camino por comisiones que le enviaban los pueblos para felicitarle: en todo el tránsito no hubo en las poblaciones que atravesó, un individuo de nombre ó de calidad que no se le presentara, á menos que no estuviese muy comprometido en el partido contrario.

Desde la puerta Capena, por la cual hizo su entrada en Roma, percibió las gradas de los templos cubiertas por el pueblo, y este, en cuanto lo reconoció, prorumpió en gritos de alegría.

Aquellos gritos le acompañaron hasta el Forum.

Allí se amontonó de tal modo la concurrencia, que fué preciso emplear los lictores para abrirle paso hasta el Capitolio: dos ó tres veces estuvo á punto de ser ahogado.

Al día siguiente, que eran las nonas de Setiembre, se dirigió al Senado á darle las gracias.

Desde hacia dos dias, los víveres habian tenido

una alza considerable: al pronto, algunas voces, escitadas por Clodio, empezaron á decir que aquello era ya debido á la vuelta de Ciceron; pero las hicieron callar.

El Senado se habia declarado en sesion permanente.

Muchos deseaban que se encargase á Pompeyo el aprovisionamiento de la ciudad.

—El regreso de Ciceron habia reavivado su crédito.

La multitud gritaba á Ciceron:

—Pompeyo! Pompeyo! propon á Pompeyo!

Ciceron hizo señal de que queria hablar, y todo el mundo calló.

Hacia tanto tiempo que no se habia oido su voz, que iba á ser una novedad.

Habló, y habló bien. Es verdad que él es quien lo dice y no suele denigrarse.

—*Feci et accusate sententiam Dixi.*

Siguiendo su parecer, se redactó un senado-consulta invitando á Pompeyo á tomar la direccion de los aprovisionamientos.

A la lectura de aquel senado-consulta y al nombre de Ciceron, que lo proponia, el pueblo rompió en aplausos.

Al día siguiente Pompeyo aceptó, pero con condiciones. Se encargaba de proveer de víveres á Roma

por cinco años, pero se le habian de dar quince tenientes, entre ellos Ciceron.

Los cónsules, pues, redactaron un proyecto dando por cinco años á Pompeyo la superintendencia de los viveres *en toda la tierra*.

Las gentes sensatas consideraban ya que era bastante aquello, cuando por medio de una adición, como se diria hoy, propuso Melio conferir á Pompeyo el poder de disponer de todos los recursos financieros de la república, de los buques y de los ejércitos, siempre que tuviera necesidad de ellos, subordinando á su autoridad la de todos los gobernadores de provincia.

Ciceron callaba, pues aquello no le atañía: además conocia á Pompeyo, *el hombre de las dos puertas*, mejor que nadie, y quizá creia que aquello era llevar el entusiasmo algo lejos.

Al dia siguiente hubo un gran debate sobre las casas de Ciceron, así sobre las que habian sido arrasadas por Clodio como sobre la otra en cuyo lugar se habia edificado un templo á la Libertad.

Se trataba de no incurrir en sacrilegio expropiando á un dios ó á una diosa.

La cuestion se sometió á los pontífices, los cuales decidieron lo siguiente:

“Si el que decia haber consagrado el lugar no lo habia hecho en virtud de una prescripción general, ó

de un mandato nominal que emanase de una ley, ó que estuviese escrito en un plebiscito, *la restitucion podia efectuarse sin atacar por ello á la religion*.

Oh! Santa orden de los Jesuitas! Parece cierto que tu origen es mucho mas anterior á la venida de Iñigo de Loyola y que tu origen se pierde en la noche de los tiempos!

A consecuencia de eso tiene lugar otro gran debate.

Clodio habla durante tres horas para probar que ha tenido derecho para hacer lo que hizo; pero el pueblo romano es un pueblo artista; ve que Clodio maneja mejor la espada que la palabra, y que en esto último Ciceron le da cuantas vueltas quiere. Silva, pues á Clodio, y el decreto se espide.

En él se dispone que se vuelva su casa al desterrado, y que el pórtico de Cátulo se reedifique á expensas del Estado; además, se le darán como indemnización dos millones de sestercios por su casa de Roma, quinientos mil por la de Túsculum y doscientos cincuenta mil por la de Formio; total, unos ciento treinta mil pesos de nuestra moneda.

Sin embargo, Ciceron y todas las personas honradas dijeron que era muy poco.

Quæ aestimatis non modo vehementer ab optimo quoque, sed etiam á plebe reprehenditur.

Clodio ha sido derrotado en el Senado del propio

modo que lo ha sido en la plaza pública; pero no es hombre que abandone el campo así como así. El 4 de las nonas de Noviembre reúne los restos del antiguo ejército que tenía cuando era tribuno, cae con ellos sobre los picapedreros y albañiles que se ocupaban en reedificar la casa de su enemigo, los arroja de allí y en seguida apedrea la morada de Quinto, concluyendo por pegarle fuego.

Téngase presente que todo eso ocurre en Roma á la clara luz del día y que hay allí un Senado, cónsules, pretores y tribunos.

Es verdad que Pompeyo ha salido de la ciudad á comprar trigo.

El 3 de los idus de Noviembre nuevo ataque.

Ciceron, escoltado por sus clientes y su séquito de caballeros, descendía la vía Sacra. Clodio aparece de repente y se arroja sobre su enemigo dando feroces gritos; sus hombres están armados de piedras, palos y espadas. Ciceron huye, naturalmente. Halla abierta la puerta del vestíbulo de Tetio y se refugia en él con una parte de su gente.

Allí se fortifican y tienen en respeto á los bravos de Clodio.

Luego llegan refuerzos á Ciceron y su enemigo tiene que huir.

—Hubiera podido matarlo, dice el gran orador; pero empiezo á tratarlo por medio de la dieta; la ci-

rugía me fatiga. [*Ipse occidi potuit; sed ego dietà curare incipio, chirurgiæ tædet*].

Jactancioso!

Ciceron ha hecho mal en dejar escapar á Clodio, pues la víspera de los ídus de Noviembre se le pone á este en la cabeza quemar la casa de Milon, situada en el monte Germato, y eso en pleno sol, á la quinta hora del día.

Ha hecho un nuevo reclutamiento entre los esclavos; los harapientos de que habla Zafari en su *Ruy Blas* son reyes de la India comparados con los que van aullando detras de Clodio, armados de espadas, escudos y antorchas. El cuartel general del gefe está en casa de Fausto Sila.

Afortunadamente Milon ha sido avisado á tiempo; tiene dos casas en el mismo barrio, una que ha comprado con su dinero y otra que ha heredado de Anio. En esta se encierra Flaco con una guarnicion.

La guarnicion, llevando á Flaco á su frente, hace una salida y derrota á la horda de Clodio.

Este huye y se oculta á su vez en casa de Publio Sila. Lo buscan desde el sótano hasta las guardillas, pero inútilmente.

No tuvo poca suerte; Flaco y Milon no pensaban tratarlo por medio de la dieta, como Ciceron, sino por medio del escalpelo.

Al día siguiente se reúne el Senado.

Clodio no dá señal de vida, y Milon lo acusa.

Pero van á tener lugar los comicios; Clodio se hará nombrar edil, esto es, corregidor de uno de los barrios de Roma,—considere el lector qué clase de magistrado,—y una vez en el desempeño de ese cargo, no solo no podrá ser juzgado, sino que advierte de antemano que entrará en la ciudad á fuego y sangre. Esa es su profesion de fé.

Llega el dia de los comicios y Milon declara que los augurios no son favorables; así, pues, no se votará hasta el dia siguiente.

Al otro dia, antes de amanecer, se halla Milon en el campo de Marte.

Ese campo, como se recordará, es el tapete en que se juega á las elecciones. Ese dia será el campo de batalla en que se decidirá la cuestion entre Milon y Clodio.

Si Clodio llega á presentarse, es hombre muerto. Pero no se presenta.

Al dia siguiente, undécimo de las calendas, Milon se dirige á los comicios antes de salir la aurora. De repente ve á Metelo que pasa corriendo.

¿Quién es ese Metelo? Ciceron no lo dice. ¿Es acaso Metelo Celer, el antiguo cónsul, Metelo el *Rápido*, cuñado de Clodio, rival de Cátulo, de César, de todos los amantes de su mujer, en fin? No; ese se ha declarado contra su cuñado en 695 y ha muerto de

repente. Preguntad en alta voz de qué ha muerto, y os contestarán: “De veneno que le dió su mujer.”

Como quiera que fuera, era un Metelo que trataba de llegar al campo de Marte por calles estraviadas. Milon corre, lo alcanza y se lo prohíbe como tribuno. El tal Metelo se retira en medio de gritos y silbidos.

El décimo dia de las calendas es dia de mercado, y por lo tanto no hay asamblea. Esa no se verificará hasta el 8 de Noviembre.

Ese dia, á la novena hora de la noche, Milon está ya en su puesto.

Ademas, Clodio es un hombre perdido; su vestíbulo está casi vacío; una vieja linterna alumbrá únicamente á unos cuantos miserables cubiertos de harapos.

No habrá comicios, ó al menos solo los habrá en el caso de que Clodio sea acusado por Milon.

Si este encuentra á aquel en la calle, de seguro lo matará. Así se lo dice Ciceron á Atico.

Si se inter uiam obtulerit, occisum iri ab ipso Milone video.

Sin embargo, todo eso concluye, por entonces al menos, con un violento cólico de Ciceron que dura diez dias, y el cual atribuye á unos setos y coles de Bruselas que ha comido en el festin augural de Léntulo.

VI

Hemos hablado arriba de una ausencia de Pompeyo con objeto de buscar víveres. Había ido personalmente á Sicilia, Cerdeña y Africa, donde había hecho considerables acopios.

En el momento de ir á embarcarse para llevarlos á Roma, se levantó un furioso viento. Todos se oponían á que partiese; pero él subió al primer buque y mandó dar á la vela, diciendo:

—Es necesario que parta y no lo es que viva.

Pompeyo está todavía en su período feliz; así la historia recuerda las palabras que entonces pronunció: pero venga Farsalia y olvidará las que allí diga para consignar solo las de César.

Poco tiempo antes Pompeyo había estado ausente otra vez. Ahora verá el lector en dónde le.

César combatía durante la primavera, el verano y el otoño, y cuando las lluvias ponían intransitables los caminos, las nieves obstruían el paso de las montañas y los ríos cesaban de ser navegables á causa de los témpanos de hielo que arrastraban, entonces iba á tener su corte en Luca.

Tener su corte, esa era una palabra.

En Roma no se oía hablar de él sino para citar un nuevo triunfo. Mientras sus rivales se empequeñecían con motines de callejuela, él, cual otro Adamastor, se agrandaba en el horizonte.

Todo lo que había de más ilustre en Roma y en las provincias iba á Luca; allí se veía á Appio, gobernador de Cerdeña, á Nepos, procónsul de España, etc., etc. Durante el invierno de 696 se contaban en dicha ciudad ciento veinte lictores y más de doscientos senadores.

Craso y Pompeyo fueron allí también.

Los lazos del triunvirato se habían aflojado algo y aquella entrevista los estrechó. Allí se decidió que César conservaría por cinco años más el proconsulado de las Galias, que Pompeyo y Craso se harían nombrar cónsules y que ambos se harían dar gobiernos de provincia á fin de tener en sus manos todas las tropas de la República.

Para conseguir la elección de Craso y Pompeyo, César debía escribir á todos sus amigos de Roma.

Además daría licencia temporal á gran número de soldados á fin de que pudiesen ir á votar en los comicios.

Aquellos proyectos se habían fijado para el año 699 de Roma, esto es, cincuenta y cinco años antes de Jesucristo.

Pero los sucesos que hemos contado en el capítulo anterior nos hacen volver al año 698.

Ese transcurre sin ningun acontecimiento grave.

Clodio está completamente anonadado; es verdad que de cuando en cuando derriba aun alguna puerta, incendia alguna casa de campo, rompe alguna cabeza; pero se parece al bull-dog de mi amigo Jadin, que merced al bozal que tiene puesto se ve obligado á consentir que el perrillo faldero coma al par de él en su plato.

De tal modo come Ciceron en el plato de Clodio, que un dia, aprovechando su ausencia, se dirige al Senado y hace trizas las tablillas tribunicias en que estaban inscritas las actas de su tribunado.

Clodio regresa y grita contra aquella *ilegalidad*, al igual de los ladrones que llaman á la guardia cuando ven que los van á aprehender.

Ciceron contestó con uno de sus dilemas habituales:

—Siendo Clodio patricio no podia ser tribuno del pueblo; no pudiendo ser tribuno del pueblo las actas

de su tribunado eran nulas; siendo nulas dichas actas cualquiera era dueño de destruirlas.

Aquella destruccion, sin embargo, produjo á Ciceron una cuestion que no esperaba.

En las espresadas tablillas estaban inscritas las comisiones que Caton habia desempeñado en Chipre y en Brizancio, y naturalmente no queria que desapareciesen aquellas huellas de su paso por enmedio de los negocios públicos.

¿Cómo concluyó aquel debate? Desgraciadamente Ciceron no dice una sola palabra sobre el particular en sus cartas, y Plutarco no pone mas que estos dos renglones: "Ciceron con aquello dió á Caton un golpe que no hizo gran ruido, pero que, sin embargo, resfrió mucho su amistad."

Todo ese año transcurre, apenas se sabe cómo, en pequeñas disputas.

Pompeyo encarga á Gabinio que restablezca á Ptolomeo en sus Estados, y Gabinio vuelve agobiado bajo el peso de los millones, producto de su mision, lo cual aumenta mas y mas el ardiente deseo que tiene Craso de ir á Siria; pero para eso ya hemos dicho que antes es preciso que él y Pompeyo sean nombrados cónsules.

Al fin empieza el año 699 de Roma.

Donde quiera corre el rumor de que á consecuencia de una conferencia tenida con César aquellos tres

hombres se habian repartido el mundo. Cuando se supo que Pompeyo y Craso querian ser cónsules al mismo tiempo, ya no cupo ninguna duda.

—¿Solicitarás el consulado? preguntaron á Pompeyo, Marcellico y Domicio.

—Tal vez sí y tal vez no, contestó aquel.

—A una pregunta categórica da una respuesta igual.

—Pues bien, replicó Pompeyo, lo solicitaré en pro de los buenos y en contra de los malos.

La alianza de que se hablaba era para quitar la tranquilidad á todos los que tenian aun en algo, no diremos la República, pero siquiera su nombre. Así, pues, se dirigieron á Craso; su contestacion fué algo mas modesta.

—Solicitaré esa magistratura, dijo, si creo poder ser útil al Estado; si no, me abstendré.

La orgullosa respuesta de Pompeyo y la ambigua de Craso, hicieron que osaran presentarse algunos competidores; pero cuando se dibujó de un modo claro la situacion, cuando se vió á Craso y Pompeyo presentarse oficialmente, todos los candidatos se retiraron, escepto Domicio.

Caton era quien lo sostenia, lo mismo que habia enido á Bíbulo contra César.

Sabido es que Caton no reparaba en nada. Así, pues, iba por las plazas públicas diciendo á todo el

mundo que lo que solicitaban Pompeyo y Craso no era en realidad el consulado, sino la tiranía; que su objeto no era desempeñar una magistratura en Roma, sino disponer de provincias importantes y de fuertes gobiernos militares; y sembrando esas palabras, y sosteniendo sus alegatos, promovia la candidatura de Domicio, animando á este y persuadiéndole de que combatia por la libertad comun.

En derredor de ambos se decia:

—En efecto, Caton tiene razon; ¿por qué esos hombres, que ya han sido cónsules juntos una vez, pretenden ahora otro consulado? ¿y por qué, juntos tambien, y no uno despues de otro? ¿Acaso faltan en Roma ciudadanos que sean dignos de ser sus colegas?

Pompeyo se asustó—en esa clase de luchas le sucedia fácilmente—y, como verdaderamente soldado, recurrió á la fuerza.

Preparó una emboscada á Domicio, y cuando este se dirigia al Forum, antes de amanecer, con algunos amigos, entre los cuales estaba Caton, los hombres de Pompeyo cayeron sobre el grupo, ni mas ni menos que si hubieran sido los secuaces de Clodio, mataron á los sirvientes que llevaban las antorchas é hirieron á Caton.

Afortunadamente el ataque tuvo lugar cerca de

la casa de Domicio, y este y sus amigos se refugiaron en ella.

Entonces la bloquearon los hombres de Pompeyo, y este y Craso, estando ausente su rival, se hicieron nombrar cónsules con la mayor tranquilidad.

Sin embargo, les amenazaba un peligro.

Caton, curado apenas de la herida que habia recibido al acompañar á Domicio al Forum, y enemigo mortal de ambos desde entonces, solicitaba la pretura.

Su voz era muy fuerte, y cuando la esforzaba, si no escuchada, era al menos oida en toda Roma.

Así, pues, resolvieron separarlo sin violencia; uno y otro eran ricos; repartieron unos cuantos millones entre las tribus y Caton fracasó en su empresa.

Antias y Vatinió fueron nombrados pretores; eran criaturas de Pompeyo y Craso. Seguros ya de no tener oposicion alguna, echaron por delante al tribuno del pueblo Tribonio, el cual proclamó los decretos redactados en Luca.

A César se le prorogó por cinco años el gobierno de las Galias.

Craso y Pompeyo echaron suertes sobre la Siria y la España; aquella tocó al primero y esta al segundo.

Todos tenian lo que deseaban: Craso, que queria hacer la guerra á los partos, tenia la Siria; Pompe-

yo, que conocia la España pensaba reunir allí, casi á las puertas de Italia, los soldados que un dia podia necesitar para sus planes, obtenia aquella provincia y no se veia obligado á separarse de su mujer, de la cual estaba cada vez mas enamorado; en fin, el pueblo, que creia que nada podia hacerse en Roma sin Pompeyo, conservaba allí á su ídolo del momento.

Sin embargo, el mas satisfecho de todos era Craso. Los millones de Gabinio le quitaban el sueño.

Entre Milciades y Temístocles la cuestion era de laureles; entre Gabinio y Craso era de millones.